

MUNDO SIN DIOS

CAMINO A SOGNUM

①

◆ BENITO TAIBO ◆

MUNDO SIN DIOSES

CAMINO
A
SOGNUM

①

 Planeta

Diseño e ilustración de portada: David Espinosa
Ilustraciones de interiores: David Espinosa

© 2018, Benito Taibo

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: agosto de 2018
ISBN: 978-607-07-5166-0

Primera edición impresa en México: agosto de 2018
ISBN: 978-607-07-5169-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

! ALMIRÁN



—¡Yago, la polea! —grita el enorme hombre barbado mientras sostiene a duras penas el mástil de madera, que se bambolea peligrosamente sobre su cabeza.

Están construyendo una barcaza. El muchacho se ha distraído un instante. Por mirar esa onda en el agua, bajo la que es probable que se esconda un pez de buen tamaño, ha dejado de ejercer fuerza sobre la cuerda. Advertido por el aullido que rompe el silencio, aprieta las manos y jala hacia abajo sin pensarlo, sintiendo cómo sus palmas se escorían con el roce del yute trenzado y húmedo.

El mástil se eleva unos cuantos centímetros, pero no deja de girar. Una de sus puntas golpea la cubierta con la fuerza del cielo, y en una esquina de la proa hace un agujero del que vuelan astillas hacia todas partes.

Ahora esa misma punta se dirige hacia Yago, quien, por el esfuerzo con el que sigue tirando de la cuerda, tiene la cara enrojecida y las piernas temblorosas.

Boquea, igual que un pez sacado del agua.

En un instante, su padre, el hombre barbado, tira al suelo el martillo y la cuña de madera con la que pretendía ajustar el mástil en el centro de la barcaza y se lanza, sin dudarlo, contra el enorme y pesado palo mayor, que ya revolotea sin control hacia la cabeza del muchacho.

Un golpe seco en el pecho. Un crujir de costillas, un grito ahogado.

El mástil ha detenido su camino. Está efímeramente sostenido por la cuerda y el cuerpo del hombre que, a pesar de seguir en pie, está a punto de desvanecerse.

Yago tiritita a causa del esfuerzo, y también del miedo. Si deja la cuerda, el mástil aplastará a su padre sin remedio. Pero tan sólo es un muchacho, no va a aguantar mucho más tiempo. Ese tiempo que se ha detenido a su alrededor, dejando a los pájaros blancos y grandes inmóviles en el aire, petrificados, como si esperaran un fatal desenlace.

—¡Suéltala! —Escucha esta orden perentoria a su espalda. Es Miranda, su hermana. Pero se encuentra solidificado como una piedra de lava; el sudor de su frente y las lágrimas se mezclan amenazando con convertirse en un nuevo río, como el que serpentea a unos cuantos pasos del improvisado astillero.

Gira la cabeza lentamente y ve el color magenta del cabello de Miranda, agachada a uno de los costados de la barcaza.

—¡Suéltala ya! —vuelve a gritar la chica, sin dejar lugar a dudas en su orden. Y sólo entonces Yago siente que el yute que tiene en las manos está ahora tirante. Ella lo ha amarrado firmemente a un herraje que sobresale de la baranda de cubierta de su pequeña nave.

Cierra los ojos un instante y deja de jalar la cuerda. El mástil cae tan sólo un par de centímetros. El hombre barbado se desmaya y cae al suelo igual que un muñeco de trapo, perdido repentinamente de las manos de un niño, desmadejado.

Miranda salta hacia dentro de la barcaza, con los ojos abiertos por el espanto y un rictus de angustia en los labios, porque sabe que perder a su padre sería perderlo todo. Y corre hacia ese cuerpo inerte. Pensando lo peor.

Yago se mira las manos desolladas como si fueran de otro. No siente las palmas en carne viva que deberían dolerle. Todo lo que había estado hasta entonces inmóvil se mueve a su alrededor vertiginosamente. Quiere vomitar el desayuno.

Se acerca despacio. Miranda está sobre el hombre barbado, dándole pequeñas palmadas en las mejillas. Su cara se está poniendo de un violeta subido. No se mueve.

El mundo, igual que antes el mástil, comienza a caerles encima con una fuerza desconocida y primitiva.

Yago se arrodilla junto a ellos. Mira fijamente la cara del hombre barbado, de Yorick, su padre.

Se escucha un trueno lejano, mucho más allá de las montañas.

Yorick abre los ojos de golpe. Enormes, como si hubiese regresado de un lugar indómito y desconocido y jala por la boca el aire que poco a poco lo vuelve a la vida.

Miranda le llena el rostro de besos húmedos mezclados con lágrimas. La Tierra vuelve a girar, con lentitud. Los pájaros vuelan, el aire sopla, las hierbas se balancean, el río suena. Lo normal deja de ser imposible para transformarse en certeza.

—¿Estás bien? —pregunta la chica poniéndole un trapo bajo la cabeza.

—Tengo algunas costillas rotas. Me cuesta respirar. ¿Dónde está tu hermano?

Yago se asoma con timidez detrás del blusón de su hermana. Está tan blanco como una nube en el centro de un cielo muy azul.

—Estás entero —afirma, y Yorick lo corrobora intentando incorporarse.

Yago le muestra el estropicio que son las palmas de sus manos. Así le hace saber, sin decirlo, que hizo todo lo que pudo, que no cabe más fuerza en el cuerpo de un muchacho como él, flaco y desgarbado, tan joven que es incapaz de sostener un mástil de trescientos kilos a pesar de la polea. Le cae el pelo por los ojos, negro y profundo. Con una mano temblorosa, Yorick se lo acomoda. Le sonrío. No le echa la culpa.

—Debimos haberlo hecho al revés. La próxima yo subo la polea y tú pones las cuñas —y sonrío un poco, a pesar de que debe de dolerle mucho el pecho.

Yago asiente.

—¿Y yo? —dice Miranda haciendo un mohín de disgusto.

—Tú nos tendrás que salvar la vida otra vez.

El hombre barbado le toma la mano con fuerza mientras suelta un brevísimo quejido, sabiendo que se tienen los unos a los otros para siempre. Y que ese lazo que los une es indestructible. Más fuerte que cualquier polea, cualquier mástil, cualquier espada; más fuerte que un trueno o un rayo, más que cualquier fuerza conocida en este mundo hostil.

No es la primera vez que su hermana mayor le salva la vida a Yago. Ha perdido la cuenta de todas las veces en las que ella, luciendo ese espectacular relámpago magenta en la cabeza, ha puesto su cuerpo, sus manos, una flecha, una lanza, piedra o una espada, entre él, el ser más distraído de todo el territorio de Almirán, y posiblemente de la Tierra, y cualquier clase de peligro, grande o pequeño. Serpientes venenosas, acantilados, torbellinos, manadas de gatos feroces, frutas corruptas, lava, peces de púa, piedras rodantes, cazuelas de agua hirviendo e incluso un ursú hambriento que le sacaba por lo menos dos cabezas y cincuenta dientes, que había bajado de la montaña ante la escasez de presas durante una de las más crueles heladas de las que tuvieran memoria.

Ese día que pudo haber sido el último, Yago había ido a recoger madera un poco más lejos del lindero que su padre había marcado con un par de estacas rojas para señalar de manera clara e inequívoca que era peligroso aventurarse más allá. Donde el bosque se tornaba más denso y más lúgubre, si eso era posible; donde las altas copas de los tupidos árboles de yesca impedían el paso de la luz y se podían oír con claridad, incluso a la distancia, gruñidos, dentelladas sobre carnes

inertes y movimientos de cosas grandes sobre las hojas secas que tapizaban el suelo.

Hasta entonces había hecho caso. Las estacas marcaban el límite entre la vida y la muerte. Y jamás habría pensado, por lo menos no de manera consciente, posar sus pies en un territorio sobre el que le advertía su madre noche tras noche, frente al fuego; allí ocurrían cosas terribles y oscuras, afirmaba ella mientras hacía enormes aspavientos y, con las manos, creaba unas sombras atroces que se proyectaban en el muro, tan reales que siempre lo hacían estremecerse.

Pero, allí, a la vista, a menos de veinte metros de esa frontera invisible, había una mata de moras grunces silvestres, grandes y jugosas. Al alcance de la mano.

Tal vez esa era la última mata del territorio. Las que habían domesticado y cosechado durante varias temporadas habían caído presas del polvo rojo. En una sola tarde, ante la desesperación de todos los miembros de las cuatro familias de Almirán, vieron cómo, con el solo contacto con el polvo, todos sus frutos, las hojas y los tallos de las matas se volvían ceniza. Y nada volvía a crecer allí donde esa pestilente arena que había traído un viento del norte decidía quedarse para siempre.

Pero las moras grunces estaban tan cerca. Y eran tan dulces.

Comenzó a avanzar casi sin darse cuenta, e incluso tiró las varas de madera seca que había pasado tanto tiempo recogiendo y amontonando con cuidado en un hatillo.

Al traspasar el lindero, escuchó con claridad el crujir de las hojas bajo sus plantas, rompiendo el silencio circundante, y luego sintió sobre los brazos esa niebla grisácea, húmeda y fría

que da inicio a la oscuridad y que se pega a la piel igual que el miedo a las entrañas.

Apuró el paso haciendo mucho ruido, levantando las rodillas y dejando caer los pies con golpes secos y sonoros tan sólo para ahuyentar su propio desasosiego que, como una anguila de río, se escurría entre sus piernas y subía por su torso hasta atenazarle la garganta y nublarle la vista.

A un par de metros de las moras, el aleteo de un ser pequeño le rozó la cabeza, y cientos de agujas imaginarias se le clavaron en la espalda, tan sólo para advertirle que saliera de allí tan rápido como fuera posible.

Pero...

Había por lo menos cincuenta moras. Y eso significaba un atracón. Si las dividía entre los cuatro miembros de su familia, tocaban a doce y media cada uno, pero, como las había encontrado él, se repartirían según su propio criterio de justicia. Veinte para él y diez para cada uno del resto. Un postre único en un lugar donde los postres eran tan sólo un sueño, a no ser que contaran los ridículos pistilos de las flores blancas que salían por todas partes cada primavera, los cuales, aunque tan sólo contenían una mínima gota de dulzor, chupaban con la avidez y el deleite de niños huérfanos de alegrías.

Alrededor de la mata había espigones, esa hierba maligna que se come todo a su paso y que tiene unas espinas más aguzadas que una navaja recién afilada. Simétricas, perfectas, de una belleza espeluznante.

Con inmenso cuidado, Yago fue pasando entre las hierbas. Se quitó el jubón de algodón para poner en él las moras, que

de cerca se veían todavía más jugosas y dulces. Y las recogió todas en instantes, metiéndose de vez en cuando una a la boca y sintiendo cómo estallaba de placer contra la lengua. Ya no le saldría la división, pero no importaba. Al fin y al cabo, eran su premio y su tesoro. Con ocho para cada uno sería más que suficiente. Se pondrían felices.

Y fue entonces cuando lo oyó.

Un sonido áspero y profundo, como el eco del viento en una caverna sin fondo. Como cuando se parte la tierra seca y cae en trozos inmensos hacia la ribera.

Luego un chasquido. Unos trozos de madera resquebrajándose, un terremoto.

El ursú embestía sin distinguir todo aquello que hubiera en su camino, montículos, árboles caídos, espigones, piedras, pequeños seres del bosque. Lo había oído a la distancia y sabía que era una presa fácil, indefensa. Un humano. Esos ridículos animales sin garras ni dientes que son tan sólo carne, fresca y jugosa al primer bocado.

Yago lanzó la camisa y comenzó a correr hacia la planicie. Cruzó los espigones y sintió que algunos desgarraban la carne de su brazo derecho. Empezó a gritar como un verdadero poseído. Pero no era de dolor, sino de pánico.

Tras unas cuantas zancadas ya estaba fuera del bosque. El ursú iba detrás de él, a unos sesenta metros, en una carrera enloquecida, bufando y gruñendo enfurecido.

La casa quedaba demasiado lejos. Yago decidió correr hacia el río sabiendo que esos animales nadan con torpeza, y saltó

por encima de una hondonada en desnivel, aunque calculó mal el tranco, perdió pie y acabó de bruces en el suelo.

El fin...

Ser comido por un ursú no era de ninguna manera un honor. En raras ocasiones abandonaban la montaña alta, e incluso, tan sólo una vez desde que tenía memoria recordaba haber visto uno a lo lejos, una mole albina de pelaje trenzado que bebía con placidez río abajo, a orillas de uno de los médanos junto a los que desovan las percas gigantes.

Al verlo boca abajo, el ursú detuvo la carrera y avanzó hacia él con lentitud, relamiéndose los bigotes, paladeando anticipadamente ese banquete fortuito que le habían regalado el bosque y el destino.

Yago no quería mirar esas fauces inmensas de tantísimos dientes mientras le buscaban el estómago, la parte más expuesta y suave del cuerpo de los hombres, así que cerró los ojos con fuerza y esperó que todo terminara, ojalá que fuera rápido. Dicen que cuando estás a punto de morir tu vida entera pasa por delante de tus ojos cerrados, pero es mentira. Sólo hay una oscuridad que se va volviendo más grande y más viscosa que las entrañas de un ave.

Y entonces oyó un silbido. Luego otro, y otro y otro. Una cadena de latigazos en el aire.

La bestia gritó.

No aulló; gritó exactamente igual que cualquier hombre, mujer o niño que mete por error las manos entre los carbones encendidos de una fogata común.

Luego se escuchó un golpe seco y a continuación nada. Tal vez, sólo el rumor del río, que avanzaba con placidez hacia un destino desconocido e incierto, o el aleteo de unos cuantos asustadizos pájaros de río.

Yago levantó la cabeza. Allí estaba Miranda, con el arco en las manos y el carcaj vacío.

El ursú tenía una flecha clavada en cada ojo y otras dos en el pecho. Una más, en los cuartos traseros. La sangre, roja y oscura, comenzaba a extenderse por su piel, hasta entonces alba como la nieve misma.

Estaba muerto.

Y Yago estaba vivo. De pura casualidad.

Miranda lo abrazó y lloraron en silencio durante un rato que le pareció interminable.

Al poco, llegaron su padre y los padres de las otras familias de Almirán, con espadas, azadones y un trinche en las manos. Ya era inútil. La niña de pelo magenta y resplandeciente había acabado, sola, con el animal más monstruoso de la Tierra. Un ursú de quinientos kilos que yacía sobre el pastizal como una alfombra inmensa. Dormido para siempre.

El estofado de ursú duró semanas. Y eso que fue repartido meticulosamente entre las cuatro familias. De sabor áspero pero rico, el plato servía para brindar energía. Llevaba cebolletas silvestres, zanahorias pequeñísimas y arvejas moradas, además del ingrediente secreto de su madre, que para él no era secreto: la lavanda de las nieves, esas hojas fragantes que sólo aparecen una vez al año y que, secas y molidas, pueden hacer de cualquier ave, pez, roedor o ursú una comida

singular y única. Yorick alardeaba frente a todos de la valentía y la puntería de su hija.

—Pero la flecha que lo mató, no se llamen a engaño, fue la que le atravesó el culo —y se reía con carcajadas secas y largas de su propio chiste mientras los demás le seguían el juego una y otra vez, y le palmeaban la espalda.

—La niña que mató al ursú —decían en voz baja cuando se referían a ella los más pequeños del territorio, derretidos de admiración.

Miranda curtió la piel y la dejó al sol. Con ella se hizo una capa larga, bellísima y pesada como una roca. Una piel para las noches de helada, que la cubriera mientras estaba acostada en su lecho de heno y algodón. No se podía andar por allí con un manto que pesara más que ella misma. Y, además, no había a donde ir para lucirlo propiamente. Si llegaba con eso a la celebración de la cosecha de los días de sol, todos se reirían y Miranda moriría de calor y vergüenza.

Yago tiene uno de los colmillos de la bestia atado a un cuero que cuelga sobre su pecho para recordarle que cualquier día puede ser el último. Un colmillo enorme y amarillento que conserva en su base un trocito de carne seca, la carne del ser más peligroso de la Tierra.

De esa aventura también conserva cuatro cicatrices en el brazo. Cuatro líneas perfectas y paralelas producidas por las navajas del espigón. Su madre, Desdémona, dice que son las vidas que le tocan vivir. Cuatro vidas que tendrían que aprovecharse siempre. Tan sólo cuatro, ni una más ni una menos.

Aquel día, tomados de la mano, su hermana mayor y él fueron a recoger el jubón y las moras, riéndose como si no hubiera pasado nada. Tocaron cinco por cabeza, pero a Yago le parecieron más dulces que nunca. Y, por debajo de la mesa del comedor, le pasó tres más a la hermana que le había salvado.

Cuando uno está vivo, las cosas saben, sin lugar a dudas, más dulces, incluso si son amargas.

Tendría que nacer cien veces para agradecer todas y cada una de las veces que Miranda le ha amparado ante la desgracia, las veces que podrá volver a empezar, las veces en que sus ojos se asombrarán al mirar salir el sol detrás de las montañas.

Y cuidar mucho esas cuatro vidas, que, según su madre, le tocará vivir.

—Yago, ayúdame. —Es la voz de Yorick desde el suelo de madera rugosa de la cubierta.

Como tantas otras veces, se ha perdido en la ensoñación por un instante y ha vuelto a ver un momento de su vida en su cabeza, sin moverse de su sitio. Cada vez son más frecuentes estos parpadeos. Y, aunque a Yago le parecen eternos, los demás no se dan ni siquiera cuenta; duran lo que dura una inhalación y una exhalación, unos segundos tan sólo. En cuanto termina, le viene la palabra *lapsus* a la mente. No sabe de dónde ha salido ni lo que significa. Adelanta, sin pensarlo, una de sus manos desolladas hacia su padre, que la toma y usa como palanca para incorporarse entre bufidos de dolor.

—¿Puedes? —pregunta Miranda poniéndole los brazos bajo las axilas.

Y Yorick asiente, dice que puede, que un mástil de trescientos kilos sobre el pecho no es nada para un miembro insigne de las cuatro familias, para un sobreviviente de la catástrofe, para un hombre al que le cayó un rayo en la cabeza, para...

—¡... el que venció a la Meiga! —repiten sus hijos entre risas, quitándole la palabra, sabiendo que el discurso es el mismo de siempre y que siempre termina igual.

Yorick se enfurruña y los mira alternadamente con cara de pocos amigos; la misma expresión de disgusto que pone cuando ve pasar por el río a las serpientes arganas, que vienen desde las montañas a buscar los remansos de apareamiento y que por el camino acaban con todos los peces que encuentran a su paso, grandes o pequeños.

Pero luego sonrío.

Pasan por el tablón que une el barco a la tierra. Yorick se apoya en sus hijos. Debe de tener por lo menos cuatro o cinco costillas fracturadas. Le duele al respirar. Si el golpe hubiera sido un poco más arriba, ahora mismo no estaría caminando hacia su cabaña en el claro.

Desdémona viene corriendo hacia ellos, trae en la mano izquierda una zanahoria raquítica y en la otra un cuchillo. Es una imagen desoladora. Está pálida. No se dio cuenta de nada hasta que los vio venir renqueando por el sendero.

Yorick le sonrío restando importancia al asunto. Con la barbilla señala la zanahoria, haciendo una mueca.

—¿Con eso me vas a curar, mujer? Creo que necesitaremos algo más potente —bromea.

—¿Qué te pasó? Estás hecho una ruina —pregunta y afirma, como sólo ella sabe hacerlo, mientras toma el lugar de Yago, con lo que logra equilibrar la pesada masa del hombre.

Y el que está punto de responderle es el muchacho, pero entonces su padre le quita la palabra y se echa la culpa del accidente que ha estado a punto de costarle la vida.

Casi llegan a la cabaña de madera, la más resistente del territorio, que es fresca en verano y cálida en invierno, como si estuviera viva y supiera de las necesidades de sus habitantes. Una cabaña heredada de los padres de Yorick, que a su vez la heredaron de los abuelos, y ellos de los bisabuelos; así sucesivamente hasta que el rastro se pierde en la memoria.

Desde que las familias se asentaron en el valle, hace tantas heladas que ya nadie lo recuerda, han unido su sangre para perpetuar el legado de Almirán. Miranda debería ser la próxima. Puck, el mayor de los hijos de Próspero y Verona Argán, ya ha ido marcando con su signo los árboles con los que se construirá su propia cabaña. Pero todavía falta mucho. Por lo menos cuatro heladas, hasta que ella sea una mujer y no una muchacha. Puck fue escogido por Miranda, y no al revés como marca la tradición. Tal vez vio algo en esos ojos claros que reflejan las nubes, en esas maneras tan gentiles que tiene —como nadie en Almirán—, en esa sonrisa que le asegura que detrás de ella hay un buen hombre que estaría dispuesto a ofrendar su vida si fuera necesario para luchar contra un ursú o rescatarla de cualquier caída al abismo.

—Pomada de alga rosa y un vendaje fuerte —sentencia Desdémona juiciosa; es el remedio infalible para restañar las

costillas rotas que aprendió de su abuela. Mientras abre la puerta de la cabaña, agrega—: Y por lo menos una semana en cama sin moverte.

Yorick bufa, quejándose con ello no del dolor sino de la receta: pasar una semana en cama es un castigo terrible para un hombre que se gana el sustento de todos los días pescando, arando la tierra, recolectando frutos, cazando. Será lo mismo que estar muerto.

Es entonces cuando Desdémona advierte las manos desolladas de su hijo.

—Y para usted, jovencito, ámbar negro.

—¡Huele a mierda! —exclama Yago, también pensando en los días en que tendrá que llevar los vendajes y las manos le olerán como un animal muerto que se pudre en la ribera.

—A menos que quieras usar el fuego para cicatrizar...

Con sólo pensarlo, Yago hace una mueca de dolor. Ya una vez habían recurrido a un hierro candente para cerrarle una herida en una pierna tras una torpe caída en las afiladas piedras de los acantilados. Esa vez Miranda no estaba cerca para sacarlo del apuro. Todavía le escuece la cicatriz en cuanto hay un poco de humedad en el ambiente. Mejor el ámbar negro, con todo y su pestilencia. Suena a joya, pero no lo es: el ámbar es el vómito de peces gigantes que se encuentra entre el fango de la orilla del río.

Sus padres son buenas personas. Duros, como todos los habitantes del territorio y, sin embargo, en la intimidad, fuera de la vista de los demás, son capaces de pasar una mano por el pelo, dar un abrazo, encomiar una actitud, aplaudir un gesto

valiente. Pero de alguna manera darse besos está vedado por sus costumbres. Los besos se reservan para eso que se llama *amor* y que tiene que ver también con perdurar, sobrevivir, ser más y cada vez más fuertes.

Lo más que se permiten es una sonrisa cómplice. Y dejarse besar por sus hijos, si la ocasión lo amerita. Pero nunca entre ellos. No a cielo abierto.

Se aman, por supuesto. Los sobrevivientes adquieren una coraza que los aleja de lo mundano y que les hace recordar, siempre, que están en la Tierra con un propósito y un fin. *Destinium*, lo llaman. Eso que los mueve y los impulsa a seguir mezclando su sangre y perpetuar la estirpe. Eso que los hace levantarse de la cama todos los días y los lleva a cosechar, a pescar, a cortar leña, a cazar con el arco, a encender el fuego que calienta, ilumina y aleja a las bestias.

Desde la cocina, Yago oye los lamentos sordos de su padre mientras Desdémona le aprieta con fuerza las vendas de algodón trenzado sobre el torso. Luego le tocará a él y al ámbar apestoso.

En Almirán hay muy poco tiempo para juegos y risas, la subsistencia diaria es la prioridad absoluta y a ella se abocan con esfuerzos denodados. Yorick tiene un lema de familia que repite cada vez que salen a pescar, a cazar, a cosechar: «El único honor es estar vivo».

—¿De dónde sacaste esa frase? —preguntó Yago alguna vez, mientras limaba una tabla para la cubierta del barco. El honor era un concepto abstracto que significaba anteponer tus convicciones a todo y no traicionarlas, pasara lo que tuviera que pasar.

Aunque en este mundo hostil y salvaje no hay demasiadas posibilidades de rendir cuentas al respecto ante nadie. Uno tiene su palabra, la da y eso es suficiente para sellar un trato entre las familias.

De tanto en tanto, allí recalán mercaderes que hablan un idioma incomprensible y que vienen de lejanas tierras en botes de velas blancas, con extraños signos bordados con hilos dorados. A ellos no puede dárseles palabra alguna, porque las palabras de unos y otros son tan distintas que no se entienden; hay que intercambiar pieles o granos, o hierba para fumar, por machetes de metal, lanzas de punta de cobre, especias o aguardientes de pimienta que te llenan la garganta de fuego y la cabeza de temblores, y que tan apreciados son en las pocas fiestas que celebran en Almirán.

Hace varias heladas que no pasa ninguno por allí.

—¿De dónde la sacaste? La frase —insistió Yago mirándolo a los ojos.

—Me la dijo mi padre —respondió Yorick sin dar más explicaciones.

—Y a tu padre, ¿quién se la dijo?

—Su padre.

—¿Y al padre de tu padre?

Entonces Yorick dejó caer al suelo el serrucho con el que intentaba nivelar un madero. Resignado ante la avalancha de preguntas que veía venir, se sentó sobre un barril de brea. Encendió la pipa retacada de fragante hierba de marilio salvaje, que siempre lleva dispuesta en el bolsillo, robando fuego a un quinqué con una astilla, miró al cielo y se dispuso a contar,

una vez más, lo poco que sabe de la historia de Almirán, el territorio y las cuatro familias.

—El valle de Almirán fue bautizado con ese nombre juntando las iniciales de nuestros ancestros —dijo muy serio Yorick al comenzar su historia, como si se remontara a tiempos antiguos y oscuros de los que todos quisieran olvidarse—. Venían del frío y la desolación, de lo que en otro tiempo fueron grandes y relucientes ciudades que se habían desvanecido ante ellos en un abrir y cerrar de ojos; pero de eso no se sabe mucho, pues todos decidieron voluntariamente olvidar el cataclismo que los obligó a buscarse la vida en otra parte.

»Estaban los Argán, de ahí la A, cazadores espléndidos que podían bajar a una cabra salvaje del acantilado con un flechazo a más de doscientos metros. Los Limur, pescadores avezados y pacientes; y ya tienes la L. Los Marsen, agricultores brillantes; los Irunes, leñadores que construían cabañas sólidas en un santiamén, los Ralav, que sabían de memoria cientos de recetas y podían hacer pan con cualquier cosa; los Acras, que manejaban el barro como nadie y ponían a cocer un plato o una jarra mientras miraban a otro lado; los Naat, nosotros, carpinteros únicos, hacedores de botes de pesca, constructores de navíos. A-L-M-I-R-Á-N.

Yorick repitió las letras una y otra vez, separándolas y juntándolas para darles significado. Mirando al derredor para constatar que no hablaba de algo abstracto, sino de su hogar, la tierra de sus ancestros y el lugar donde también estaría, alguna vez, su túmulo funerario: cuatro rocas redondas puestas

en una hilera perfecta que recordarían para siempre que allí yacía uno de los herederos de esa tierra.

Prosiguió con su relato.

—Cuando llegaron aquí hicieron una fogata inmensa, se sentaron alrededor y poniendo cada uno su honor, sus habilidades y la primera letra de su apellido, dejándolo todo al arbitrio del azar, y nombraron así a esta tierra, y a los árboles, a los peces, a los animales. Empezando de la nada, desde lo nuevo. Queriendo olvidar.

Yago miraba absorto las volutas de humo que desde la pipa de su padre subían por el aire haciendo caprichosas figuras: comenzaba a refrescar, a hacerse de noche.

Yorick continuó contando a su hijo la historia que había repetido ya tantas veces, sin variar un ápice la versión, como si la recitara de memoria.

—Así pues, las cuatro familias que hoy somos venimos de esos hombres y mujeres originales que llegaron atravesando las montañas heladas hasta aquí, hasta este valle, dispuestos a comenzar otra vez y a enterrar en lo más profundo de sus mentes sus variados orígenes, sus recelos, sus guerras. No querían tener memoria de su vida pasada, y por ello fueron alejando de sus pensamientos, tan rápido como pudieron, el recuerdo de las vidas pasadas, sus ciudades, sus civilizaciones, sus lujos innecesarios, sus miedos, sus guerras y también sus sueños de grandeza.

Yago interrumpió el monólogo que había oído tantas veces.

—¿No había cosas buenas que recordar? —preguntó inquieto.

—Lo necesario solamente. A sembrar, pescar, cazar, construir refugio, encender fuego; a limpiarse el cuerpo con agua fría todas las mañanas para recibir al día, para empezar de nuevo toda la vida, dure lo que dure.

—¿Y a amar?

—Eso no puede olvidarse, lo llevamos en nuestra sangre. Pero es privado. Como también el instinto de supervivencia: tampoco aprendimos a olvidar cómo matar, a temer al otro, al diferente.

—Sigue, por favor —suplicó Yago.

La pipa se había apagado. Yorick levantó su pesada mole y, resoplando por la contrariedad, fue hasta el quinqué, a unos cuantos pasos que parecían muchos.

—Pero ¡si ya lo sabes! Te lo he contado miles de veces. Lo sabes mejor que yo, que soy sólo un bruto que puede echar una red en el agua o desollar un conejo.

—Y también sabes de carpintería, y como otear la tormenta. Sabes cuándo sembrar, sabes escribir y leer lo escrito, sabes cuándo viene la helada, sabes...

—Sé todo lo que sabía tu abuelo. Nada nuevo.

—Por lo visto, no hay nada nuevo que saber —comentó Yago haciendo un mohín de disgusto.

Tal vez eso es lo que más le atormenta en las largas noches de Almirán, lo que da vueltas una y otra vez dentro de su inquieta cabeza. Sólo saben lo que saben. Cuando llegan los mercaderes, las familias no dejan que los niños se acerquen hasta sus barcas por miedo a que se los lleven con ellos. Durante el rápido intercambio que nunca dura más de una mañana,

todos los menores son encerrados en la cabaña más alejada del río. Y tienen la prohibición estricta de hablar o manifestar de cualquier modo su presencia. Están obligados a quedarse agazapados como los ratoncitos de campo cuando notan la presencia de la serpiente, sin moverse y casi sin respirar.

Los mercaderes son diferentes, más delgados que cualquiera del valle, con la piel más curtida por el sol, el pelo más claro, los ropajes más sutiles. O por lo menos así se ven desde la rendija de la ventana cerrada de la casa, desde donde Yago los espía.

Y por eso no saben nada nuevo. Sólo las viejas y trilladas historias que se cuentan una y otra vez en Almirán, pero que no por ello dejan de ser fascinantes. Y, por supuesto, tienen todas esas cosas traídas de tierras lejanas: espadas de metal, puntas de flecha, jarrones llenos de bebida cerrados de manera hermética con cera de abeja, mantos bordados primorosamente, tablillas dibujadas con símbolos extraños y bellos dibujos que representan a mujeres y hombres que juegan en campos enormes, llenos de árboles frutales. Todo ello es tan sólo la certeza de otro mundo al que podría llegarse por el río y donde nadie de las cuatro familias ha posado las plantas de sus pies nunca.

—¡Sigue contando, Yorick, te lo pido por favor!

Bufando, Yorick volvió a sentarse.

—Hicieron sus casas con maderas resistentes que no habían visto nunca. Tan resistentes que todavía hoy se mantienen en pie y que nos guardan de la helada y de las lluvias, del polvo rojo, de los bichos salvajes. Fueron juntando la sangre y

el destino de unos y otros. Soñando un sueño nuevo donde todos serían iguales.

—Pero ¡eran siete! Almirán tiene siete letras y somos sólo cuatro familias —interrumpió Yago una vez más, queriendo oír cómo salía de la boca de su padre la historia de ese rompimiento entre sangres que sería un golpe devastador para el idílico lugar que habían construido juntos.

—Lo sabes, pero te lo repito. Tres familias decidieron que eran mejores que las demás. En el fondo de su alma, no querían olvidar. Y comenzaron a hablar bajo y mal de los demás, menospreciándolos, pensando que sus habilidades no eran merecedoras de ser consideradas como indispensables; por tanto, debían existir unos que mandaran y otros que obedecieran. Fueron tiempos difíciles, de largas y agrias discusiones alrededor de la hoguera común, que cada vez que se mete el sol se enciende en el centro del valle. Fue Ariel Marsen, el hombre que más sabía de semillas y de plantas, de días para sembrar y días para cosechar, el que inició lo que llamamos *la Negra Noche*. —Yorick dio entonces una calada profunda, larga, triste. Y se quedó callado mirando al infinito.

Una lágrima incómoda salió de su ojo derecho y la restregó con furia con la manga de su camisa. Yago sabía que cada lágrima contiene un recuerdo. Y que cuando salen de los ojos de su padre, es mejor no seguir preguntando.

Lo dejó solo en sus ensoñaciones.

La luna iluminaba el valle. Echó a andar hacia la casa con el humo de la pipa en la nariz y el montón de preguntas sin respuestas en el saco que tenía dentro de su cabeza.